

VIII Capítulo General SSP
SALUDO DEL SUPERIOR GENERAL
Ariccía, 19 de abril de 2004

1. *¡Bienvenidos*, queridos hermanos! Estoy contento de saludaros presentes en este nuestro primer encuentro capitular. Y mi saludo no puede sino retomar las palabras de nuestro Fundador, grabadas en piedra, porque siguen siendo válidas para todos, como en 1960: «Bienvenidos –decía él- a esta Casa, toda ella destinada a la santificación de nuestras almas, a la meditación y a la actualización de nuestros ministerios...». Y añadía: «os acoge amablemente el Maestro Divino... Os acoge María Regina Apostolorum... Os acoge nuestro Padre, Maestro y Protector San Pablo...» (UPS I, 11).

Hoy el Cristo Resucitado, y María y Pablo, acogen a nuestras personas con las ansias y las esperanzas que traemos a esta asamblea. Y, en los próximos días, ellos serán nuestros inspiradores en las reflexiones, el discernimiento y las decisiones que nos esperan.

Hemos llegado aquí procedentes de varias naciones; representamos a una numerosa familia, a la que amamos y queremos servir: nos sentiremos solidarios con todos los hermanos esparcidos por el mundo y, de manera especial, entre nosotros. Muchos ya nos conocemos, pero todos tendremos la oportunidad de conocernos mejor, y de sintonizar en el espíritu y la concordia de la comunión fraterna.

2. También conocemos bien la *naturaleza* y los *objetivos* del Capítulo, tal como están descritos en los artículos 210 y 211 de nuestras Constituciones. Se nos recuerda que «el capítulo general es el órgano supremo de gobierno de la congregación». Es «la expresión más amplia y significativa de la unión y de la solidaridad de todos los miembros». Él «debe favorecer el desarrollo y cohesión del instituto y ser garantía de fidelidad al espíritu del Fundador» (Art. 210).

Además, considerada la incidencia de la vida consagrada en toda la Iglesia, el “capítulo general ha de ser visto como *un acontecimiento eclesial*, un *evento salvífico*, una *página de esperanza*, una particular *celebración pascual*; el momento en que la congregación debe vivir más intensamente su *sintonía* y *corresponsabilidad* con toda la Iglesia” (art. 211).

De aquí una llamada, para nosotros, a la consciencia y a la amplitud de las perspectivas. En cuanto “acontecimiento eclesial” y “evento salvífico”, el Capítulo nos invita, desde el principio, a levantar los corazones y a ensanchar las miradas a las

dimensiones de nuestra universal “parroquia paulina”. No nos cerraremos, por lo tanto, a la visión restringida de nuestros problemas locales; sino que, con el corazón universal de Pablo, buscaremos el bien de toda la congregación, e incluso el de la Iglesia encomendada a nuestra misión específica.

También trataremos de afrontar los problemas y los desafíos del momento con la fe y la óptica altísima de nuestro Fundador: el cual, en sus viajes en avión – sobrevolando territorios lejanos – meditaba y tomaba apuntes sobre los modos de llevar el Evangelio a aquellas poblaciones. (Léanse a propósito los artículos “*Per via aerea: contatti con i cinque Continente*”, enviados para el *San Paolo*; cf CISP, pp. 1.005 – 1.048).

Esto nos debe inspirar, una vez más, espíritu de fe y corazón apostólico dignos de auténticos “hombres de Dios”, llamados a realizar en la sociedad de hoy las “obras de Dios”.

3. En mi carta del 1º de noviembre de 2003, mientras exhortaba a los cohermanos a acercarse a este Capítulo *con los sentimientos del Beato Alberione*, recordaba cómo él había convocado y dirigido, en el 1957, los primeros capítulos generales de las tres primeras congregaciones paulinas. En la oración y el discernimiento condividido, quería que cada Instituto verificase la propia respuesta al proyecto de Dios: esto es, si sabía «dar santos a Dios y apóstoles a la Iglesia» (cf *San Paolo*, julio 1957).

Esta intención prioritaria también ha de ser la nuestra. La misma luz debe iluminar nuestras preocupaciones, e impulsarnos a una sincera *asunción de responsabilidad*. Nos lo piden, por lo demás, los cohermanos de toda la Congregación, que desde hace muchos meses rezan e invocan sobre nosotros un “nuevo pentecostés”, y esperan de este Capítulo “frutos abundantes, nuevo vigor en nuestro trabajo de santificación y de apostolado” para que “se difunda la luz y la fuerza del Evangelio entre los hombres”.

Las expresiones particulares que deba asumir nuestra responsabilidad frente a la Congregación y la Iglesia, pienso que se puedan expresar con dos palabras: “concreción” y “confianza”.

Concreción significa mirar valientemente de frente nuestra realidad en todos sus aspectos, riquezas y límites, con humildad y realismo, para concluir con proyectos realizables.

La *confianza*, al mismo tiempo, nos asegura que podemos contar siempre, con optimismo y esperanza, con los subsidios de nuestro patrimonio carismático para la vocación y misión que nos caracterizan.

Creemos de verdad en la asistencia del Maestro Divino y, para esto, obtendremos cada día de Él fuerza y luz mediante las celebraciones eucarísticas y las oraciones comunitarias que abrirán nuestros trabajos capitulares.

Estemos seguros de que el Beato Alberione nos asiste, nos ilumina y nos bendice.

P. Pietro Campus, ssp